



rmbm.org



rmbm.org/rinconlector/index.htm

EL DESIERTO BLANCO



Luis López Carrasco

Murcia

https://es.wikipedia.org/wiki/Lola_L%C3%B3pez_Mond%C3%A9jar

Luis López Carrasco

(Murcia, 1981) es un cineasta y escritor español.

Nacido en Murcia en 1981, estudió en la Escuela de Cinematografía y del Audiovisual de la Comunidad de Madrid (ECAM) y trabajó de ayudante de dirección en una película. Participó en la fundación de la revista cinematográfica Los olvidados y el colectivo Los Hijos, una plataforma de cine experimental. Actualmente es profesor ayudante del grado de Comunicación Audiovisual y del doble grado de Comunicación y Periodismo de la Universidad de Castilla-La Mancha.



En 2020 dirigió el documental [El año del descubrimiento](#), que fue galardonado con los premios al Mejor película documental y al Mejor montaje en los XXXV Premios Goya, así como con el premio a la Mejor película internacional en los XXXV Premios Festival Mar del Plata. El documental se centra en las protestas que tuvieron lugar en la ciudad española de Cartagena en 1992, una lucha de la clase trabajadora en el contexto de la implementación de políticas de reconversión industrial que afectaron a miles de trabajadores en la Región de Murcia después del derrumbe de compañías como Bazán, Peñarroya y Fesa-Enfersa, dedicadas a la construcción naval, y a las industrias química y metalúrgica.

En 2023 obtuvo el Premio Herralde de novela por El desierto blanco.

Premios y reconocimientos

Nominado a Premio Feroz al mejor director y al mejor guion (con Raúl Liarte) por El año del descubrimiento (2021).

Premio Herralde de novela por El desierto blanco (2023).

ME DIERON PENA LOS GRESITES

LOLA LÓPEZ MONDÉJAR | Revista de Libros | 23 ENERO 2024

Con un comienzo arrollador, una prueba de inteligencia y disuasión a la que se someten tanto los personajes como el lector, se inicia la primera de las cinco historias que componen este volumen que reseñamos, híbrido entre novela y conjunto de relatos, del cineasta y ganador del Premio Herralde 2023, Luis López Carrasco.



Como sucedió con su anterior libro de ficción, *Europa* (Ediciones Gollarín, 2013), el autor explora un mundo distópico que construye siempre impregnándolo de pasado, de cotidianidad, de una familiaridad íntima y cercana, como si López Carrasco pronosticara que, a pesar de los avances tecnológicos o de las crisis medioambientales, las generaciones se sucederán unas a otras con las mismas preocupaciones humanas: el trabajo, la amistad, las relaciones paternofiliales, la pareja, los hijos, el domus, la casa.

Este libro está lleno de estas últimas: casas precarias donde residen jóvenes que buscan su primer empleo; la casa de la abuela; la casa de los padres; casas acomodadas de la burguesía a la que pertenece Carlos, narrador principal y nexos de las historias, y algunos de sus amigos que las protagonizan junto a él. Una burguesía nombrada en cada ocasión con un cierto sentimiento de culpa, como si Carlos se reprochase los privilegios que le ha proporcionado su origen; unos jóvenes que se educaron jugando a los videojuegos y a los juegos de rol, en un entorno de centros comerciales, que se formaron para un mundo que no les da cabida, que no los acoge.

Cinco relatos-capítulos que se entretajan a través de una eficaz estrategia narrativa, salpicada de anticipos para mantener vivo el interés del lector, que quiere saber dónde viven ahora Carlos, Aitana y sus hijos, y por qué se trata de un lugar al que su hermano mayor no puede ir; un lector que quiere saber qué sucede en esa urbanización que se vacía, que se apaga, en esa isla, en esa selección, en esas casas. También se producen en la trama saltos atrás y retrospectivas que sirven para acercarse y definir a los personajes.

El paisaje del sur, lugar de nacimiento del autor, se presenta como un protagonista más, observado y descrito con detalle en *Marte florecido* y en *La línea del horizonte*. Las imágenes lo dibujan con exactitud, podríamos decir que cinematográfica, sumergiéndonos en un entorno de calor extremo, sequía,

árboles muertos, cañadas, urbanizaciones, y montañas tan azules como el mar. Descripciones prolijas que, sin embargo, no cansan sino que conducen los sentimientos y las emociones que transmite la historia.

Consigue López Carrasco impregnar su obra de una eficaz intriga. «... toda intriga se basa en la ausencia de información. Todo suspense se construye con la duda, sobre la idea de que los personajes no saben exactamente qué está pasando. Saben algo, pero no pueden contemplar la totalidad de lo que sucede», afirma Marcos en Espectro liberado, uno de los episodios más logrados, y López Carrasco la utiliza con perspicacia en esta narración coral, protagonizada por los amigos de Carlos que se reúnen una Nochevieja en el chalet de la sierra de los padres de uno de ellos, y entrecruzan informaciones en una conversación por momentos deslavazada, hasta que descubren un espacio cuya singular rareza —restos de tecnología convertidos casi en naturaleza— le sirve al autor para regalarnos algunas de las imágenes más evocadoras. «Así nos recuerdo, dichosos como niños, despreocupados e ignorantes de los peligros que nos rodeaban, que en aquellos años no éramos capaces de ver, nombrar o imaginar» (p. 112).

Pero la belleza y la alegría se tiñen también de un profundo sentimiento de pérdida y desesperanza en un futuro lleno de incertidumbre. Un tiempo que preocupa a López Carrasco en casi toda su producción cinematográfica, no en vano una de sus películas se titula precisamente así: El Futuro (2015).



Hay un evidente homenaje a la infancia y a la primera juventud, a los inolvidables veranos de la niñez, que tiñe de nostalgia el final de esta trayectoria. Una nostalgia expresada con intensidad en las cartas del hermano mayor del protagonista, empeñado a sus cincuenta y cuatro años en regresar a la casa familiar tras ser expulsado de la universidad en el bienio ultra (y este es uno de esos datos que concretan el espacio-tiempo distópico de la novela); empeñado en volver a ese refugio, en la peligrosa tarea de cartografiar el entorno de esa casa, geografía mítica, esa especie de templo de la ficción, hasta quedar exhausto, hasta descubrir el peligro que comporta entregarse al afán de probar la veracidad de la memoria e intentar completar sus lagunas. La nostalgia, quizá un hábito que alguien me inculcó cuando era niño (p. 147), la fanática dedicación de Clodoveo81, el avatar del hermano de Carlos, que resulta casi un adolescente en sus observaciones, nos recuerda la que sufre Pedro, el joven cinéfilo devorado por la cámara en [Arrebato, la mítica película de Iván Zulueta](#).

Pero hay también una posible lectura metaliteraria implícita en esta trama, una poética que se desprende de ella: mezclar el futuro que representa Carlos, con el pasado que retiene a su hermano mayor, como aquí se hace, ha marcado la

trayectoria como director de cine del autor de esta novela híbrida, aunque el hermano melancólico (¿acaso hay creación sin melancolía?) asegure al protagonista: «Tú siempre fuiste capaz de mirar hacia el futuro sin contemplaciones. Quizá no te quedó otro remedio. Al menos nunca has mezclado (y tus relatos son una prueba de ello) el futuro con el pasado. Quizá ese haya sido siempre mi caso». Carlos y su hermano componen una misma figura, la integración de esos dos tiempos, pasado y futuro, que se precisa para sobrevivir y crear.

«Me dieron pena los gresites», afirma este hombre-adolescente melancólico cuando tiene que romper el pavimento de la piscina de la casa familiar para construir su «proyecto». Una frase que sobrecoge y muestra por sí sola la ternura que sobrevuela *El desierto blanco*. Si bien, y por más pena que nos cause, ¿acaso no hay que romper los gresites del pasado para poder proyectarnos hacia adelante?

<https://www.infobae.com/espana/2023/12/04/luis-lopez-carrasco-ganador-del-premio-herralde-con-el-desierto-blanco-una-novela-de-ciencia-ficcion-generacional-tan-poetica-como-politica/>

LUIS LÓPEZ CARRASCO, GANADOR DEL PREMIO HERRALDE CON 'EL DESIERTO BLANCO', UNA NOVELA DE CIENCIA FICCIÓN GENERACIONAL TAN POÉTICA COMO POLÍTICA

El cineasta, conocido por 'El año del descubrimiento', compone una historia distópica cargada de paisajes reales y alucinados que reverberan en nuestro presente

BEATRIZ MARTÍNEZ | 4 DICIEMBRE 2023

Con su primera novela, Luis López Carrasco ha ganado la última edición del Premio Herralde gracias a *El desierto blanco* (Anagrama), una distopía generacional que nos enfrenta a algunos de los males de nuestro tiempo, desde la precariedad laboral a la soledad dentro de un mundo tecnológico, pasando por el malestar crónico y la sensación de derrumbamiento político.

Son muchos de los temas que ya estaban presentes en la obra cinematográfica del autor, tanto desde el colectivo Los Hijos como en sus proyectos individuales, entre ellos, *El futuro* y [El año del descubrimiento, por la que ganó el Goya al mejor documental en 2020](#).

Solo que, en esta ocasión, el realismo que le había caracterizado, se cubre de una pátina de ciencia ficción, un género que había practicado en el libro de relatos previo titulado *Europa*. “Tengo como muy diferenciado desde hace ya muchos años los proyectos cinematográficos de los literarios, a los que puedo dotar de un aspecto más imaginativo, más fabulador. Aunque es cierto que, en *El desierto blanco*, también hay un retrato de la España de 2010 en adelante, con una voluntad explícita de conectar con la textura social de nuestro tiempo”, cuenta el autor a Infobae España.

Su pasión por el cine y la literatura se remonta a la adolescencia, de forma que fue desarrollando ambas aficiones de forma paralela, estudiando casi al mismo tiempo en la escuela de cine mientras hacía cursos de escritura creativa. Con 20 años, escribía guiones de cortos de ciencia ficción, pero, con el paso del tiempo, se dio cuenta de que era difícil rodarlos por falta de recursos. Así que se centró en la ficción como un fin en sí mismo, como un medio para expresar la propia interioridad.

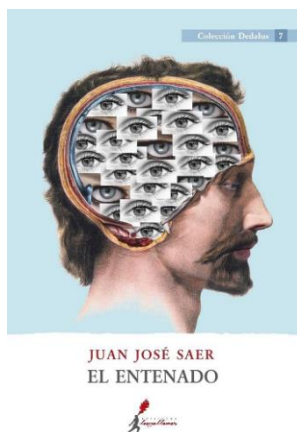
En cualquier caso, algunos de los directores que pertenecen a su círculo más íntimo, también han combinado en sus trabajos la realidad con el género *syfy*, como es el caso de Chema García Ibarra en *Espíritu Sagrado* o Ion de Sosa en



Sueñan los andróides. También Nacho Vigalondo en buena parte de sus obras, desde Cronocrímenes a Colossal. “Hay una conexión ahí muy fuerte en cuestión de influencias de clásicos anglosajones de los años cincuenta y por algún motivo, a todos nos gusta mirar la realidad desde un punto de vista especulativo”.

Juegos de supervivencia en un entorno hostil

El desierto blanco comienza con un juego de supervivencia simulado para conseguir un empleo. A cada uno de los participantes se le asignará un rol que tendrá que defender para que no sea sacrificado por el grupo. Así de cruel es el capitalismo. El protagonista se llama Carlos, aunque a lo largo de la novela se irán cambiando las voces narrativas, que se encargarán de configurar un mosaico de memorias que basculan entre las aventuras y la melancolía, así como por la sensación constante de espejismo.



“El punto de partida fue precisamente el final del libro. Lo escribí en una tarde y me gustó la imagen de un hermano que sabe que está muy lejos del otro y se encarga de recordarle su pasado. A partir de ahí, fui tomando notas para enhebrar diferentes historias que hablaban desde el futuro sobre lo que dejaron atrás”, cuenta Luis López Carrasco que, además, afirma estar influido por Juan José Saer, uno de los grandes exponentes de la vanguardia posborgiana, también por Luis Goytisolo y Luis Magrinyà.

“Quería ir salpicando historias de carácter generacional, tanto individuales como colectivas, que tuvieran que ver con la gente que emigró, con cómo era la búsqueda de empleo, la precariedad laboral eterna, estando toda la vida en prácticas y no siendo capaz de tener un trabajo estable”.

Paisajes reales y artificiales

Dentro de todo eso, encontramos un accidente de avión en un paraje exótico, un fin de año entre amigos jugando a Los lobos de Castronegro, un éxodo a otro planeta y el encierro del hermano del protagonista en la casa de su infancia. En realidad, cada capítulo, funciona casi de forma independiente, aunque entre cada uno corra una corriente subterránea que tiene que ver con las catástrofes, ya sean más aparatosas o más nimias, ambas igual de trascendentes y que, de alguna manera, ayudan a generar ese extrañamiento que domina las páginas.

“La idea central es la de una pareja que emigra en el futuro, pero estaría como fuera de campo, y la trama habría que ir como reconstruyéndola a través de las pequeñas insinuaciones o comentarios que van dejando caer los narradores. Es

algo que me interesaba, que conecta con toda la narrativa de autores no transparentes, o no del todo fiables o elusivos que hay en la historia de la literatura, en cuyos relatos, el lector tiene que situarse como una especie de detective”.

También hay referencias a cuestiones y personas de la vida pública que son por todo conocidas y que se explican a través de notas a pie de página (desde Irene Villa a José Luis Rodríguez Zapatero, pasando por Guantánamo o el Compact Disc) que de alguna manera sirven para convertir nuestro presente en algo remoto y cerrado.

El paisaje se convierte en un elemento fundamental en la novela. De alguna manera, todos los personajes miran al horizonte. Un horizonte que en ocasiones es digital y otras veces casi alucinado, pero también está el paisaje de la memoria, y también la fascinación por perderse dentro de él, como le ocurría en *La aventura*, de Michelangelo Antonioni.

“El quinto episodio, cuando el hermano se recluye en la casa familiar, es como una historia de fantasmas, solo que en esta ocasión, los fantasmas, en vez de estar dentro de la casa, están fuera. Es un ejemplo de cómo quería tratar nuestra relación con el espacio físico que habitamos. Por eso, le dedico tiempo a ubicar y caracterizar cada entorno, que a veces es real y otras casi mental, pero casi siempre resulta un tanto amenazante y misterioso, a veces casi a punto de borrarse o difuminarse, porque al final el libro trata de hacia dónde nos proyectamos, ¿cuál es nuestro horizonte?”



Fotograma de *La aventura*, de Michelangelo Antonioni

ENTREVISTA

«Los términos de disputa del presente están marcados desde arriba»

ANDREA TORIBIO – CTXT.ES | 8 MARZO 2024



En la primera página de *El desierto blanco*, se anuncia su motor: “Un micrófono apagado que nadie quiso encender”. Esta imagen de la nostalgia cohesiona el argumento de la novela. ¿Cómo trabajaste alrededor de esta idea?

Un narrador, Carlos, recuerda escenas de su juventud desde un tiempo y un lugar desconocidos. Su recuerdo lejano es nuestro pasado reciente. Esa distancia amplificada sobre unos momentos que para nosotros son todavía cercanos produce algo así como un desplazamiento, como si lo que teníamos a mano de repente se hubiera proyectado hacia atrás o nosotros hubiéramos acelerado hasta convertir el reconocible punto de partida en un borrón en el retrovisor. Más adelante, Aitana, su pareja, intervendrá en el recuerdo de ese pasado común. La nostalgia es un tema del libro, desde luego, un asunto del que se discute, pero no todos los personajes comulgan con él. Carlos narra para recordar, Aitana, sin embargo, narra para intentar lo contrario. Carlos quiere “volver” a través de la narración. Si recordar es volver a contarse algo a uno mismo, la nostalgia quizá sea el acto de contarse las cosas siempre de la misma manera.

[\[seguir leyendo...\]](#)

ENCUENTRO CON LUIS LÓPEZ CARRASCO

Entrevista al escritor y cineasta para hablar de su nueva novela, una distopía sobre una generación desengañada

Página 2 – RTVE | 19 ENERO 2024

